

jean boutier ♦

“Si el estudio de los hechos humanos pretende constituirse en una ciencia positiva, debe alejarse de los hechos únicos y centrar su atención en los hechos que se repiten, es decir debe rechazar lo accidental y apegarse a lo regular, eliminar lo individual y estudiar solamente lo social”¹. Estas cortas líneas escritas por François Simiand cuando apenas se iniciaba el siglo XX –en una polémica abierta contra una historia que a lo largo del siglo precedente había situado los hechos individualmente determinados en el centro de sus preocupaciones–, marcaron de manera profunda una de las mayores corrientes de la historiografía francesa del siglo XX. Atacando simultáneamente la predominancia de la historia política y la débil articulación del empleo lineal de la causalidad –que conduce con frecuencia a recurrir al marco cronológico “puro y simple” o a la periodización de acuerdo a los reinados–, Simiand, siguiendo a Paul Lacombe, abrió la puerta a la crítica radical de la “historia *événementielle*” (historia de los acontecimientos) –la expresión es de Lacombe–, lo que conllevó no sólo a la devaluación del acontecimiento, sino, como lo dijo Paul Ricoeur, a su desaparición².

En esta experiencia intelectual, que ya ha dado lugar a análisis enriquecedores tanto desde el punto de vista epistemológico como historiográfico³, Fernand Braudel ocupa una posición central⁴. Sus declaraciones, tardías pero vigorosas, y retomadas sin cesar, que recurren menos a una argumentación puntillosa –fundada en una sólida construcción teórica– que a una gama sutil de metáforas afortunadas, variadas pero coherentes⁵, hicieron de él el vocero por excelencia de

♦ Artículo recibido en enero 2004; aprobado en febrero 2004.

* Texto ofrecido por el historiador francés Jean Boutier al Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle para su publicación en *Sociedad y Economía*, revista de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la mencionada Universidad. Teniendo en cuenta el objeto central del presente dossier, el texto ha sido cedido de manera exclusiva a *Historia Crítica*. Traducción realizada por Ricardo Arias, profesor del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

♦ Director de estudios en la escuela de Altos estudios en ciencias sociales, Marsella. Especialista en historia social de Europa Moderna. En 1995 editó, con Dominique Julia, *Passés recomposés. Champs et chantiers de l'histoire*, París, Autrement.

¹ SIMIAND, François, “Méthode historique et science sociale. Étude critique d’après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos”, en *Revue de Synthèse historique*, VI, 1903, p. 17; reeditado en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, XV, 1960, pp. 83-119.

² RICOEUR, Paul, *Temps et récit*, 1, *L'intrigue et le récit historique*, París, Seuil, 1983; reedición 1991, pp. 173-200: “L’éclipse de l’événement dans l’historiographie française”.

³ Para el primer aspecto, ver en particular RICOEUR, Paul, *op. cit.*; para el segundo, POMIAN, Przystof, *L'ordre du temps*, París, Gallimard, capítulo I, “Événements”; MORETTI, Mauro, “Parlando di «eventi». Un aspetto del dibattito storiografico attorno alle *Annales* dal secondo dopoguerra ad oggi”, en *Società e Storia*, VII, 1985, pp. 373-442; DUMOULIN, Olivier, “Événementielle (histoire)”, en BURGUIÈRE, André (ed.), *Dictionnaire des sciences historiques*, París, PUF, 1986, pp. 271-272; ver igualmente, en la misma obra, la contribución de Jacques Revel.

⁴ Para una introducción a la obra de Fernand Braudel en lengua alemana, cfr. SCHMIDT, J., *Die historiographische Ansatz F. Braudels und die gegenwärtige Krise der Geschichtswissenschaft*, Bamberg, 1971; KRAWSTEINER, Barbara, *Zeit, Raum, Struktur: Fernand Braudel und die Geschichtsschreibung in Frankreich*, Viena, Geyer Edition, 1989. Para una actualización reciente, cfr. REVEL, Jacques (ed.), *Fernand Braudel*, París, Le livre de Poche, 1999. Remito también al excelente análisis del Mediterráneo que hizo Ricoeur: *Temps et récit, op. cit.*, 1, pp. 366-384.

⁵ Cfr. las observaciones de P. Ricoeur, *op. cit.*, 1, pp. 187-188. Para lo relacionado con el recurso a las metáforas y no a los conceptos, cfr. las observaciones de Giuliana Gemelli, quien remite a la vez a Bachelard, del que Braudel

los detractores de la llamada historia *événementielle*. Sus opciones metodológicas²⁴⁰ son bien conocidas: Braudel las expuso claramente en el prefacio de *El Mediterráneo*, cuya arquitectura de conjunto reproduce la articulación de los tiempos de la historia, comenzando por el “tiempo geográfico”, prácticamente inmóvil, en el que se dan las relaciones entre el hombre y el entorno; le sigue el “tiempo social”, débilmente pronunciado, que mide las economías, los Estados y las sociedades; para terminar, está el “tiempo individual” que, aunque aparece sólo al final de la obra, lo cual disminuye su estatus, no es sin embargo eliminado de la historiografía. En efecto, en la tercera parte del libro, intitulada “Los acontecimientos, la política y los hombres”, Braudel despliega una historia política del Mediterráneo centrada en los años 1550-1599, en la que defiende el lugar que ésta ocupa en su obra, aun cuando pueda tratarse “de la historia tradicional, si se quiere de la historia cortada a la medida no del hombre sino del individuo, la historia *événementielle* de [Paul Lacombe y de] François Simiand: una agitación que no va más allá de la superficie, las olas que levantan las mareas con su poderoso movimiento. Una historia de oscilaciones breves, rápidas, nerviosas. Ultrasensible por definición, el menor paso pone en alerta todos sus instrumentos de medición. Pero es una historia que tal y como es, es la más apasionante, la más rica en humanidad, pero también la más peligrosa. Desconfiemos de esta historia todavía en ascuas, tal como las gentes de la época la sintieron y la vivieron, al ritmo de su vida, breve como la nuestra [...]. Los acontecimientos resonantes no son, con frecuencia, más que instantes fugaces, en los que se manifiestan estos grandes destinos y que sólo pueden explicarse gracias a ellos”⁶.

Casi todo está dicho en este texto de presentación. En sus sucesivos trabajos, Braudel desarrollará sus metáforas, sin analizarlas realmente, organizándolas alrededor de parejas superficialidad/profundidad, efímero/duración: “los acontecimientos, esa capa superficial y brillante de la historia”⁷, “esa polvareda de actos, de vidas individuales atadas las unas a las otras”⁸, son “imágenes instantáneas de la historia”, “actos siempre dramáticos y breves”⁹. Más aún, “los acontecimientos [son como polvo]: atraviesan la historia como *exhalaciones sucesivas. Tan pronto se vislumbran sus resplandores, la noche los absorbe. [resplandores breves; tan pronto se vislumbran regresan a la noche y frecuentemente al olvido.]*”¹⁰. Una rápida evocación biográfica, en la lección inaugural del Collège de France, explicita esta imagen y da cuenta de su articulación de una edición a otra: “Conservo el recuerdo, una noche, cerca a Bahía, de haber sido envuelto por un fuego artificial de luciérnagas fosforescentes; sus luces pálidas brillaban, se apagaban, volvían a brillar, sin aclarar realmente la noche. Lo mismo sucede con los acontecimientos: más allá de su resplandor, la oscuridad triunfa”¹¹.

fue lector en los años 1930, y a la elaboración de una ciencia de lo complejo. Para entender a Braudel, es necesario por consiguiente sumergirse en el “universo inasequible de las metáforas” (*Fernand Braudel e l'Europa universale*, Venecia, Marsilio, 1990; utilizo aquí, salvo excepción, la edición francesa, revisada y aumentada, publicada bajo el título *Fernand Braudel*, París, O. Jacob, 1995, pp. 87-88). En lo relacionado con la lógica de estas metáforas, cfr. KINSER, Samuel, “Annaliste Paradigm? The Geohistorical Structuralism of Fernand Braudel”, en *American Historical Review*, LXXXVI, 1981, p. 72.

⁶ BRAUDEL, Fernand, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (en adelante *Méd.*, 1949), París, Armand Colin, 1949, pp. XIII-XIV; segunda edición, 1966 (en adelante *Méd.*, 1966), pp. 16-17: las partes añadidas de la segunda edición figuran entre corchetes.

⁷ *Méd.*, 1949, p. 923; *Méd.*, 1966, II, p. 383. Hay que observar que Lucien Febvre había utilizado, en 1931, una metáfora similar –la “corteza aparente”– para designar los acontecimientos en el mundo político-diplomático: texto retomado en FEBVRE, Lucien, *Combats pour l'histoire*, París, A. Colin, 1953, p. 62.

⁸ *Méd.*, 1949, p. 721.

⁹ BRAUDEL, Fernand, “Positions de l'histoire en 1950”, en *Écrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969, p. 22.

¹⁰ *Méd.*, 1949, p. 923; *Méd.*, 1966, II, p. 383.

¹¹ BRAUDEL, Fernand, “Positions...”, *op. cit.*, p. 22. La “parábola” de Bahía aparece tal cual en el texto de las lecciones que Braudel dio durante su cautiverio en Alemania, durante los años 1941-1944: “L'histoire, mesure du monde [1944]”, en *Les écrits de Fernand Braudel*, II, *Les ambitions de l'histoire*, París, De Fallois, 1997, pp. 23-24.

De ahí surge el último elemento de su requisitorio: la sospecha que tiende a descalificar este tipo de historia, que sale directamente de los testimonios de los contemporáneos, marcada con el sello de sus interpretaciones, de sus miopías o de sus intereses, portadora de una ilusión mayor que hace creer a los hombres que ellos, solo ellos, hacen la historia. Sin embargo, aunque “los acontecimientos son realidades para periodistas”, la historia no puede ignorarlos ya que ella es “la imagen de la vida bajo todas sus formas”¹². Se trata entonces de una devaluación del acontecimiento, pero es una devaluación paradójica, y consciente de serlo.

Es solamente con su artículo sobre la “larga duración” –un texto en el que la argumentación intelectual está al servicio de una propuesta política de reorganización del campo de las ciencias sociales en Francia- que Braudel le da finalmente a sus propósitos un vocabulario teórico: la historia cede su lugar a la ciencia social y el acontecimiento desaparece en provecho del tiempo corto. “La ciencia social casi tiene horror del acontecimiento –sostiene Braudel en ese artículo. No sin razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones”¹³.

No pretendo ir más allá en estos análisis, aun cuando nuevos elementos y nuevos textos todavía inéditos permitieran hacer algunos retoques de detalle¹⁴. Quisiera, por el contrario, mostrar cómo esta crítica del acontecimiento –cuyo surgimiento en la reflexión braudeliiana intentaré entender- no lleva a Braudel a eliminar los acontecimientos –aunque estuvo tentado de hacerlo en varias ocasiones-, sino a construirlos y organizarlos de manera diferente.

I.

En la breve autobiografía que concede en 1972 al *Journal of Modern History*, Braudel presenta de manera muy lacónica su lenta evolución hacia la historia “nueva”. En los años 1920, como joven profesor de bachillerato en Argelia, enseña una historia muy tradicional, según él. “En esa época, confiesa, yo era un historiador del acontecimiento, de la política, de las biografías ilustres”¹⁵. Si nos atenemos a este testimonio, la crítica radical al acontecimiento no habría aparecido sino mucho más tarde, en la época de su cautiverio en Alemania: “Mi visión de la historia tomó entonces su forma definitiva, sin que yo me diera inmediatamente cuenta de ello, en parte como la única respuesta intelectual a un espectáculo –el Mediterráneo-, que ningún otro relato tradicional me parecía en capacidad de captar, en parte también como la única respuesta existencial en aquellos tiempos trágicos por los que atravesaba. Sentía que frente a todos esos acontecimientos con los que nos inundaban la radio y los periódicos de nuestros enemigos, y frente incluso a las noticias de Londres que nos hacían llegar las emisiones clandestinas, yo tenía que dejarlos atrás, rechazarlos, negarlos. ¡Abajo el acontecimiento, sobre todo el que nos contraría! Me sentía en la necesidad de creer que la historia, el destino, se inscribían en una mayor profundidad. Escoger el observatorio del tiempo largo era escoger como refugio la posición del mismo Dios padre”¹⁶.

¹² Méd., 1949, p. 721.

¹³ BRAUDEL, Fernand, “Histoire et sciences sociales. La longue durée”, en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, XIII, 1958, pp. 725-753; retomado en *Écrits sur l'histoire*, op. cit., p. 46.

¹⁴ Ver, en particular, “L'histoire, mesure du monde”, op. cit., pp. 11-83.

¹⁵ BRAUDEL, Fernand, “Ma formation d'historien”, op. cit., p. 15. “Personal Testimony”, en *Journal of Modern History*, XLIV, 1972, p. 451; el texto original, en francés, fue publicado con el título “Ma formation d'historien”, en *Écrits sur l'histoire*, II, Paris, Arthaud, 1990, p. 11.

¹⁶ BRAUDEL, Fernand, “Ma formation d'historien”, op. cit., p. 15.

Braudel dijo y repitió en varias ocasiones que la guerra o, más exactamente, la experiencia de la cautividad constituyó un “verdadero laboratorio intelectual”¹⁷. En 1958 explicó cómo, para soportar un “cautiverio bastante sombrío”, “para escapar a la crónica de esos difíciles años (1940-1945)”, debía “rechazar los acontecimientos y el tiempo de los acontecimientos, [...] ponerse al margen, al abrigo, y así poderlos observar con mayor distancia, juzgarlos mejor y no creer demasiado en ellos”¹⁸. Braudel volvió sobre estos mismos propósitos poco antes de morir, con ocasión del Coloquio de Châteauevallon: en la citadela de Maguncia, “el problema era escapar, en cierta medida, de los acontecimientos que zumbaban a nuestro alrededor, diciéndonos: «No es tan importante como parece». ¿No se podía superar esos movimientos de marea, esos ascensos y descensos para ver algo completamente diferente? Es lo que yo he llamado, desde muy temprano, «el punto de vista de Dios padre». Para Dios padre, un año no cuenta; un siglo es un pestañeo”¹⁹. La reciente publicación de su *Histoire, mesure du monde*, redactada en 1944 con el fin de reunir en un texto coherente las conferencias dictadas en el campo en que estuvo prisionero, revela finalmente, con el capítulo inaugural, la primera reflexión explícita y articulada que condujo a Braudel no a rechazar el acontecimiento, sino desvalorizar su papel histórico y su estatus historiográfico. La vida como prisionero impone una ascésis análoga a la que debía someterse el historiador: para conservar su confianza en el porvenir, el prisionero debe tomar, no sin dificultad, distancia frente a las noticias que recibe; es cierto que debe criticar esas informaciones, pero corre el riesgo de perderse en los hechos que no tienen futuro; su verdadera esperanza radica en las grandes “líneas de fuerza” que harán la historia del mañana. Sucede lo mismo con el historiador: para producir sus explicaciones, debe sustituir “una historia que, al estar centrada en el individuo, es dubitativa”, por “una historia mucho más simple y mucho más clara si se le examinara desde sus bases y sus realidades sociales”²⁰.

La traducción científica de una experiencia existencial encuentra entonces, con una argumentación ligeramente desfasada, una de las proposiciones formuladas casi cuarenta años atrás por Simiand. Pero debemos preguntarnos si realmente la experiencia del cautiverio es suficiente para explicar esta toma de posición o, por el contrario, debemos articularla a un itinerario intelectual anterior, sin el cual la propuesta de Braudel no se hubiera podido elaborar. Esta segunda hipótesis debe ser tomada en consideración máxime si sabemos que, en su prefacio a la segunda edición del *Mediterráneo*, Braudel no dudó en afirmar que su tesis “había sido establecida, si no completamente, al menos sí en sus grandes líneas, en 1939, al término de la primera etapa radiante de los *Annales* de Marc Bloch y de Lucien Febvre, uno de cuyos frutos directos fue precisamente su tesis sobre los acontecimientos”²¹.

En efecto, parece difícil –a menos de deleitarse con las paradojas o las astucias de la historia– explicar la construcción braudeliiana como una simple y llana respuesta a una situación específica –la guerra percibida a través de la experiencia del cautiverio. No podemos dejar de constatar, por ejemplo, que, en el mismo momento, la experiencia inmediata de la derrota francesa en la primavera de 1940 no produjo los mismos efectos en Marc Bloch quien, lejos de tomar distancia frente a los acontecimientos, lo que hizo fue sumergirse en ellos para tratar de analizar sus razones profundas. Bloch escribe un libro, inédito hasta su muerte, que constituye, retomando sus propios términos, un “testimonio” y una “declaración” realizados por un derrotado que no

¹⁷ GEMELLI, G., *op. cit.*, edición italiana, p. 31.

¹⁸ “Histoire et sociologie”, en GURVITCH, Georges, (ed.), *Traité de sociologie*, París, PUF, 1958-1960, reeditado en *Écrits sur l'histoire*, *op. cit.*, p. 116.

¹⁹ *Une leçon d'histoire de Fernand Braudel. Châteauevallon*, octubre 1985, París, Arthaud, 1986, p. 7.

²⁰ “L'histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, p. 28.

²¹ *Méd.*, 1966, I, p. 11.

fue prisionero, que conservó su libertad, pero que, sin embargo, desde el verano de 1940²²—el libro tiene la fecha de julio-septiembre de ese mismo año, es decir que la legislación antisemita de Vichy no lo ha afectado todavía— optó por tomar posición a favor de una historia candente y trágica. Así como sucede con Braudel, Bloch no se contenta con una simple narración: su testimonio pasa inmediatamente del análisis de los acontecimientos tal como él los vivió al análisis de las “causas profundas”²² de la derrota y va hasta las ramificaciones causales más alejadas, más complejas y, en el estado actual de las ciencias humanas, las más ocultas”²³. La lista de estas causas es extensa: desde las formas del poder y de comando, tanto militar como civil, la cultura de las clases dirigentes, hasta los fundamentos de la sociedad en su conjunto — “Lo que acaba de ser derrotado entre nosotros, es precisamente nuestra pequeña y entrañable ciudad”²⁴—, pasando por todo aquello que pudo ayudar a moldearla (la enseñanza, el movimiento sindical, etc.). Pero la identificación, el inventario, la discusión de las causas de la derrota invitan al investigador a ir más allá de las simples constataciones y a liberarse de sus costumbres profesionales: “Adeptos de las ciencias del hombre o sabios de los laboratorios, quizá nosotros también fuimos apartados de la acción individual por una especie de fatalismo, inherente a la práctica de nuestras disciplinas, las cuales nos acostumbraron a considerar, por encima de todo, en la sociedad como en la naturaleza, el juego de las fuerzas masivas. Frente a esas profundidades marinas, de una fortaleza casi cósmica, ¿qué efecto podían tener los pobres gestos de un naufrago? Así se malinterpreta la historia”²⁵. La esperanza de Bloch reside desde entonces no en el peso de las fuerzas profundas anónimas —descritas mediante metáforas marinas cercanas a las de Braudel, pero denunciadas como una coartada de intelectual o de sabio—, sino en “el progreso en la toma de conciencia de la colectividad”, propio a “nuestras civilizaciones”, el cual, modificando ligeramente la “mentalidad común”, termina por “inclinarse, en cierta medida, el curso de los acontecimientos, que son determinados, en última instancia, por la psicología humana”²⁶. Uno de los historiadores que ha explorado más fondo la marginalización del individuo en el análisis histórico no duda, en el momento preciso en que la guerra acaba de estallar, a escribirle a Lucien Febvre: “Desde ahora, los hombres como nosotros deben persuadirse que pueden hacer muchas cosas”²⁷.

A partir de constataciones similares sobre el oficio del historiador, Marc Bloch y Fernand Braudel, confrontados a los mismos acontecimientos, tomaron, como vemos, posiciones radicalmente diferentes, incluso incompatibles. ¿La situación de cada uno de ellos —la libertad del primero durante el verano del cuarenta, el cautiverio del segundo— basta para explicar las diferencias que separan al uno del otro?

El análisis del itinerario intelectual de Braudel en los años 1920-1930 no es sencillo. Braudel hizo pocas confesiones acerca de esos años de elaboración y concepción del *Mediterráneo*, que a menudo ha presentado [como girando] en torno a dos experiencias esenciales: la experiencia

²² BLOCH, Marc, *L'étrange défaite, témoignage écrit en 1940* [1946], París, A. Colin, 1957, p. 194; hay que observar que el adjetivo “profundo” aparece frecuentemente en los escritos de Bloch (por ejemplo, pp. 165, 173, etc.). Para estudiar los nexos entre las posiciones científicas y políticas de Bloch, ver las bellas páginas de GEREMEK, Bronislaw, “Marc Bloch, historien et résistant”, en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, XL, 1986, pp. 1091-1105; consultar también los enriquecedores análisis de DUMOULIN, Olivier, *Marc Bloch*, París, 2000.

²³ BLOCH, Marc, *op. cit.*, p. 167.

²⁴ *Ibid.*, p. 191.

²⁵ *Ibid.*, p. 217.

²⁶ *Ibid.*, p. 217.

²⁷ MÜLLER, Bertrand, “Marc Bloch et les années trente: l'historien, l'homme et l'histoire”, en DEYON, Pierre, RICHEZ, Jean-Claude, STRAUSS, Léon (ed.), *Marc Bloch, l'historien et la cité*, Estrasburgo, 1997, p. 182, citado en DUMOULIN, Olivier, *op. cit.*, p. 176.

argelina (1923-1932) y luego la experiencia brasileña (1935-1939). [Igualmente] [También] ha presentado sus construcciones historiográficas no como el producto de una reflexión teórica o metodológica, sino como el camino más conveniente, la mejor articulación posible, durante el paso a la escritura, cuando se está frente a un material rico y complejo. Sin embargo, una lectura minuciosa de sus escritos durante esos años deja al descubierto huellas de la construcción - ¿progresiva?- de su crítica del acontecimiento²⁸.

Desde su primer artículo importante, consagrado a la presencia española en África del Norte durante el siglo XVI y publicado en 1928²⁹, Braudel toma claramente partido frente al problema del acontecimiento, de acuerdo a tres direcciones. En primer lugar, en una historia plagada de “peripecias”, en la que “abundan las páginas de historia militar”³⁰ y que él mismo organiza alrededor de grandes acontecimientos (toma de Granada, 1492; muerte de Fernando, 1516; tratado de Cateau-Cambresis, 1559, etc.), Braudel se obliga a tomar distancia con relación al acontecimiento: “hay que mirar los acontecimientos desde muy lejos con el deseo sistemático de explicar”³¹. Se trata, por supuesto, de evitar tanto el tono apologetico de las biografías de los grandes personajes como la simple reproducción de los relatos de los contemporáneos; pero se trata también de empobrecer, de simplificar, de alisar (a imagen de los estadísticos que aplican promedios móviles a sus series de datos temporales) la “realidad viviente y confusa de la historia”.

Esto no significa que Braudel rechace la historia *événementielle*, pero este distanciamiento le permite, en un segundo momento, evaluar mejor los tiempos fuertes, las rupturas, sin dejarse seducir por todo aquello que llama inmediatamente la atención: “Dejemos de lado por un instante la historia teatral de este periodo. Djerba (1560), Malta (1565), Lepanto (1571), Túnez (1573-74), son acontecimientos sensacionales por excelencia, pero, contrariamente a lo que en algunas ocasiones se ha dicho, no significaron siempre una ruptura”³². Lo que le concede al acontecimiento su importancia histórica no debía ser lo que dicen de él sus contemporáneos o lo que antecede a ese acontecimiento, sino su capacidad para modificar el curso histórico de las cosas.

Sin hacer explícitas sus referencias, Braudel muestra claramente que conoce –directa o indirectamente, poco importa- los debates que Simiand había abierto contra la historia *événementielle*. Como Simiand, Braudel denuncia los excesos de una simple historia-batalla que desconoce totalmente las bases materiales de las operaciones militares (las armas, las embarcaciones, el material, los conocimientos cartográficos, las instrucciones náuticas, etc.). Más aún: Braudel también se aleja de una de las formas mayores de la ilusión cronológica, la confusión entre el carácter consecutivo de dos fenómenos y su orden de “causalidad”: “Las expediciones africanas son cronológicamente la continuación de la guerra victoriosa de Granada, ¿pero significa esto acaso que son consecuencia directa de esta última? Es aconsejable mostrarse prudente para no exagerar la cuestión”³³. Sin embargo, Braudel no retoma las posiciones de

²⁸ Para abordar el conjunto de la obra braudeliiana, cfr. TENENTI, Branislava, “Bibliographie des travaux de Fernand Braudel”, en *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel. Méthodologie de l'histoire et des sciences humaines*, Toulouse, Privat, 1973, p. 483-509 (exhaustiva hasta 1971).

²⁹ “Les Espagnols et l’Afrique du Nord de 1492 à 1577”, en *Revue africaine*, LXIX, 1928, pp. 184-233, 351-428.

³⁰ *Ibid.*, pp. 188-189.

³¹ *Ibid.*, p. 209.

³² *Ibid.*, p. 392.

³³ *Ibid.*, p. 192. Se pueden encontrar observaciones similares, algunos años más tarde, en el informe de JULIEN, Charles-André, “L’Histoire de l’Afrique du Nord. Tunisie, Algérie, Maroc”, en *Revue historique*, LXXIV, 1933, Paris, 1931, p. 52: “Hay algunos signos que presagian la lluvia que no son, sin embargo, la causa.”

Simiand: si la historia es con frecuencia una realidad confusa es porque “la parte del azar ocupa una posición muy grande”³⁴.

Es difícil seguir la evolución de su pensamiento durante los años treinta. En esa época, Braudel se dedica mucho más a la enseñanza que a la publicación, con la excepción de numerosas reseñas, las cuales por momentos dejan entrever algunas de sus concepciones sobre la historia. Si en esas reseñas no encontramos nada relacionado directamente con el acontecimiento, podemos, sin embargo, observar dos tomas de posición, muy cercanas a las reivindicaciones que por ese entonces hace la revista *Annales*.

Tal y como se escribe, la historia *événementielle* es una historia abstracta, que presenta hechos desencarnados: la descripción de estos hechos ignora todo lo que es humano así como todo aquello que debía ser tenido en cuenta por una historia “viva”³⁵; en cambio, Braudel reivindica un acercamiento casi etnográfico, enriquecedor, preciso, de la materialidad de los hechos. De esa manera, Braudel adora la evocación del desorden del desembarco de las tropas francesas en Argel (1830), la descripción del campo de Sidi-Ferruch, el análisis de los mecanismos concretos de la mediación diplomática cuando los representantes franceses no pueden entrar en contacto con el Maghzen sino por la mediación obligada de un delegado oficial que reside en Tánger, del cual Braudel brinda una extraordinaria descripción³⁶.

El segundo punto es todavía más importante: los hechos, los acontecimientos, no deben limitarse al plano político; más aún, los acontecimientos no deben ser separados de las otras realidades que los rodean o los enmarcan, no deben ser aislados del contexto más amplio que les da sentido: “Casi siempre resulta peligroso romper, en una narración, los marcos cronológicos del pasado, pero es más peligroso aún limitarse a los hechos políticos y diplomáticos sin ir hasta las realidades profundas que éstos traducen más o menos bien, ya sean religiosas, económicas, intelectuales o sociales”³⁷.

En todo esto, sin embargo, no hallamos nada que cuestione de manera radical el estatuto mismo del acontecimiento en historia.

II.

“La buena política, la actitud viril consiste en reaccionar contra ellos [los acontecimientos], de soportarlos pacientemente al comienzo y sobre todo de juzgarlos en su valor, a veces tan irrisorio...”³⁸. Antes de la debacle de la primavera de 1940 y de su experiencia como prisionero, Braudel jamás había tomado una posición tan clara y vigorosa, estrechamente relacionada con la reaparición de ese “sentido de lo trágico histórico”³⁹ característico de esos años de guerra. En

³⁴ “Les Espagnols...”, *op. cit.*, p. 209; en una reseña sobre un libro de política colonial de la Monarquía de Julio, publicada el mismo año en la misma *Revista africana* (LXIX, 1928, p. 462), Braudel concluía aún más explícitamente: “La política del gobierno siempre se ha limitado a ir detrás los acontecimientos... El azar ha sido un gran obrero en la conquista de Algeria”. Estas observaciones fueron retomadas durante sus años de cuativerio, en “L’histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, p. 27.

³⁵ Braudel utiliza frecuentemente expresiones similares: “De tanto esforzarse por ser exacto, el señor Esquer supo dar, en el relato de los acontecimientos militares de la expedición, la impresión de la vida misma”, en *Revue africaine*, LXXI, 1930, p. 167; “De ese tipo de libros, la vida está excluida”, en *Revue historique*, t. 196, 1946, p. 85.

³⁶ Informes en *Revue africaine*, LXXI, 1930, p. 167, 400.

³⁷ *Revue historique*, t. 168, 1936, p. 84.

³⁸ “L’histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, p. 17.

³⁹ ROUPNEL, Gaston, *Histoire et destin*, París, Grasset, 1943, p. 170, citado por BRAUDEL, Fernand, “Faillite de l’histoire, triomphe du destin?”, en *Annales d’Histoire sociale*, VI, 1944, p. 71; Braudel hace suya la fórmula:

adelante, Braudel exhibe su posición sin ninguna ambigüedad: “... los acontecimientos²⁴⁶ y los hombres desplazan a duras penas el destino”⁴⁰.

No obstante, esos acontecimientos existen y, por consiguiente, no hay por qué negarlos. Toda la obra de Braudel resuena, a veces de manera ensordecedora, de innumerables acontecimientos y de sus ecos: “Su historia no escatima fechas, batallas y tratados”, observa Ricoeur⁴¹, algo que, por lo demás, muchos otros lectores han pasado por alto⁴². Así como Felipe II en El Escorial, Braudel, durante su cautiverio, es asaltado por la proliferación de acontecimientos mundiales, a pesar de que su situación resulta, desde este punto de vista, poco favorable: “Ustedes estarán de acuerdo en que no me encuentro en la mejor posición para percibir el mundo”⁴³, le confesaba Braudel a unos de sus compañeros de cautiverio. ¿Cómo entonces podría escapar el historiador al “inmenso rumor”⁴⁴ del mundo?

En toda su obra, Braudel no dejó de ampliar permanentemente la acepción del término “acontecimiento”. Si el acontecimiento está en todas partes, en última instancia todo puede ser acontecimiento. Braudel incluso le da cabida al acontecimiento en esa “verdadera historia” –la historia económica, social...-, que siempre ha constituido el objeto de todos aquellos que han intentado desvalorizarlo. Hacia atrás, ninguna faceta de la actividad humana, ni siquiera del mundo natural, no le es en lo sucesivo extraño, ya se trate de aspectos de tipo “económico, social, literario, institucional, religioso, incluso geográfico (un vendaval, una tempestad) o de aspectos de tipo político”⁴⁵. De esta manera, *El Mediterráneo* está construido a partir de una proliferación de pequeños hechos, todos ellos debidamente fechados y situados con gran precisión: “Exactamente en 1297, las embarcaciones genovesas emprendían su primer viaje directo hacia Brujas”; “en 1554, los venecianos le roban a Alejandro 600 paquetes de especias”; “en 1551, Nicot le envió a Catalina de Médicis polvo de tabaco para combatir la migraña”; “en 1559, la comuna de Villarfochiardo pactó una convención con sus señores, relacionada con sus derechos feudales”; “si una centena de piezas de artillería provenientes de Flandes llegan, en 1566, a Málaga, el acontecimiento es de inmediato señalado por parte de los corresponsales diplomáticos”⁴⁶. Es inútil alargar la lista: en cada página, Braudel recuerda un hecho, un “incidente corriente”⁴⁷, “mil detalles”⁴⁸ que ilustran claramente cómo, en las sociedades antiguas, los bienes, tanto como los hombres, “no cesan de desplazarse”⁴⁹. En ese sentido, no tiene nada de extraño que Braudel, al momento de redactar la última versión de su libro, luego de salir de

“Hemos encontrado, por largo tiempo, el sentido trágico de la historia”, en “L’histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, p. 17.

⁴⁰ “Faillite de l’histoire...”, *op. cit.*, p. 76.

⁴¹ RICOEUR, Paul, *op. cit.*, I, p. 375.

⁴² Para convencerse de ello, basta hacer un seguimiento de las reseñas sobre el *Mediterráneo*: frecuentemente, la tercera parte no es tenida en cuenta (es lo que hace, por ejemplo, Claude Lefort, “Histoire et sociologie dans l’oeuvre de Fernand Braudel”, en *Cahiers internationaux de Sociologie*, VII, vol. XIII, 1952, p. 122-131); los especialistas del siglo XVI son prácticamente los únicos, y generalmente de manera breve, en elogiar esta parte del libro (por ejemplo, BATAILLON, Marcel, en *Revue économique*, I (2), 1950, pp. 239-241).

⁴³ “L’histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, p. 16.

⁴⁴ *Philippe II* [1969], reeditado en *Écrits sur l’histoire*, II, *op. cit.*, p. 241: “...mientras que el rey prosigue en su tarea, alrededor de él el mundo cesa de producir su inmenso rumor”.

⁴⁵ *Écrits sur l’histoire*, *op. cit.*, p. 46; se encuentra una enumeración casi idéntica en *Méd.*, 1966, II, p. 223. Una ilustración ejemplar de esta situación lo constituye el estudio y la cartografía de la borrasca originada por los vientos mistrales el 19 de abril de 1569, que dispersó las galeras del Gran Comandante de Castilla; *Méd.*, 1966, II, p. 231.

⁴⁶ *Méd.*, 1949, pp. 164, 428, 557, 627, 663.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 558.

⁴⁸ BRAUDEL, Paule, “Les origines intellectuelles de Fernand Braudel: un témoignage”, *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, XLVII, 1992, p. 242.

⁴⁹ *Méd.*, 1949, p. 555.

cautiverio, haya adoptado una estricta cronología para reclasificar la totalidad de²⁴⁷ su fichero documental⁵⁰. Hacia adelante, el acontecimiento puede convertirse en un fenómeno invisible, que ni siquiera ha sido percibido jamás por los contemporáneos, a pesar de que su impacto sobre el curso histórico es mayor que el de aquellos acontecimientos a los que los contemporáneos atribuyeron una importancia capital, como el desplazamiento del epicentro del imperio español, a finales de los años 1550, que se traslada del continente europeo al Atlántico: “Como sucede siempre, los más grandes acontecimientos no hacen, por decirlo así, ningún ruido; la faz del mundo se transformó sin que nadie lo hubiera notado”⁵¹.

La proliferación de acontecimientos conlleva, naturalmente, a desvalorizar la noción misma de acontecimiento, considerado como elemento de una serie que agrupa realidades que se repiten. Pero, entre esos acontecimientos, algunos señalan un cambio, una ruptura: la llegada de un nuevo producto, la apertura de una relación comercial, etc. Si bien es cierto que los acontecimientos económicos y políticos pertenecen a dos “cadenas” diferentes, no exigen, sin embargo, un tratamiento diferente. A partir del momento en que Braudel reconoce la necesidad de estudiar los “acontecimientos”⁵², acepta algunos principios tradicionales, como por ejemplo la noción de acontecimiento “importante”, que exige escoger, jerarquizar, evaluar los acontecimientos en sí mismos, sin importar que se trate de un hecho que explica, que arroja consecuencias, que es considerado como importante por los contemporáneos o que se inscribe dentro de una serie de hechos⁵³.

Si el pequeño hecho que resulta ilustrativo no suscita casi interrogantes, el acontecimiento importante, al contrario, no es evidente. Y debemos constatar, en relación con este punto, que Braudel duda, vacila, varía e incluso, por momentos, cambia de parecer completamente. Por ejemplo, la batalla de Mühlberg (abril 1547), durante la cual las tropas imperiales derrotaron al ejército de los príncipes protestantes de la Liga de Esmalcalda: en la primera edición del *Mediterráneo*, Braudel considera esta batalla, sin ambigüedad aunque sí con matices, como un acontecimiento decisivo a escala continental, un gran acontecimiento⁵⁴: “la gran batalla de Mühlberg..., determinó, de un solo golpe, el destino de Alemania y de Europa (al menos, tanto como puede determinarse un destino tan cambiante)”. ¿Fue una gran batalla porque se produjo inesperadamente? Quizá, pero eso poco importa. Si en la segunda edición del *Mediterráneo* (1965) la versión anterior no sufre ninguna modificación, Braudel sí introduce ciertas atenuaciones, e incluso quizá algunas retractaciones, en su ensayo biográfico sobre Carlos V, a pesar de que es publicado en ese mismo año de 1965: “¿Victoria total? Sí, sin duda, pero efímera”, agrega en esa ocasión⁵⁵. El impacto de Mühlberg en la historia europea es ahora muy secundario: la batalla no es más que un simple episodio de una historia cuyo desenlace se decide en otros lugares. Lo mismo se aprecia con la batalla de Lepanto (octubre 1571), el acontecimiento por excelencia del mundo mediterráneo en la época de Felipe II, “el más impactante de los acontecimientos militares del siglo XVI en el Mediterráneo”⁵⁶. Este acontecimiento, que fue tan sensacional como inesperado, tuvo sin embargo consecuencias

⁵⁰ BRAUDEL, Paule, *op. cit.*, p. 238.

⁵¹ “Philippe II”, *op. cit.*, pp. 210, 217.

⁵² Recordemos que la tercera parte del *Mediterráneo* se intitula, en las dos ediciones, “Les événements, la politique et les hommes”.

⁵³ *Méd.*, 1966, II, pp. 223-224.

⁵⁴ Esta expresión es retomada con frecuencia: por ejemplo, *Méd.*, 1966, II, p. 279: los “grandes acontecimientos de Europa del occidente y del norte”.

⁵⁵ *Méd.*, 1949, p. 731; *Méd.*, 1966, II, pp. 231, 233; “Charles Quint...”, *op. cit.*, p. 187. Para una evaluación más reciente sobre Mühlberg, ver SCHILLING, Heinz, *Aufbruch und Krise. Deutschland, 1517-1648*, Berlín, Wolf Jobst Siedler Verlag GmbH, 1988 (ed. italiana, Bologna, Il Mulino, 1997, p. 262).

⁵⁶ *Méd.*, 1949, p. 923.

inciertas y menores, aunque no se puede negar que la batalla contribuyó al surgimiento²⁴⁸ de “mil realidades novedosas” en los años posteriores. Es inútil negar “la espectacular victoria de Lepanto, la más grande alcanzada por el cristianismo en los últimos tres siglos”, pero bajo una condición: “el espectáculo grandioso no debe embelesarnos”⁵⁷. Como todo gran acontecimiento, concluye Braudel, su “interés reside antes que nada quizá en señalar, mediante un ejemplo estrepitoso, los límites mismos de la historia *événementielle*”⁵⁸.

III.

Desde el periodo de cautiverio, las reflexiones de Braudel parecen sujetas a un vaivén argumentativo, presente también en la revisión de la segunda edición del *Mediterráneo*: “... La peor política, ustedes lo saben, sería ignorar completamente esos acontecimientos o aceptarlos tal como se presentan a nosotros, ceder a sus repetidas manifestaciones”⁵⁹. Pero si nos quedamos en estos argumentos, si volvemos incesantemente sobre las reflexiones teóricas, olvidamos tomar en consideración la práctica historiográfica. Y es que Braudel propone, quizá sin quererlo, una cierta manera de describir los acontecimientos. El haber retomado las reflexiones sobre el acontecimiento⁶⁰ nos ha sido útil en este acercamiento a la historia de los acontecimientos practicada por Braudel, que, curiosamente, ninguno de sus innumerables exegetas ha tomado realmente en consideración⁶¹. Ahora bien, la historia *événementielle* de Braudel difiere sustancialmente de aquella que él critica, ya sea que Braudel trate de acontecimientos mayores como la batalla de Lepanto (1571), examinada en varias oportunidades⁶², o de realidades más modestas, como el sitio de Toulon por parte de las tropas saboyanas en 1707, durante la campaña de Víctor-Amédée II contra Luís XIV⁶³.

Primer aspecto: el tratamiento de los acontecimientos, por parte de Braudel, no toma la forma del relato, más o menos lineal. En ningún momento encontramos en él una verdadera descripción, incluso si el mismo Braudel, en repetidas ocasiones, como ya lo vimos, elogió una descripción etnográfica que podría reflejar la vida social en su efervescencia y su complejidad. En Braudel hay como una especie de desconfianza hacia el testimonio: “Los numerosos relatos sobre el encuentro [de Lepanto] no son de ninguna manera de una objetividad histórica perfecta. En ellos, es difícil separar lo verdadero y decir a quién corresponde el mérito de tan gran victoria”⁶⁴. El problema planteado no es simplemente el de la objetividad. Es cierto que Braudel ya lo había subrayado en sus conferencias como cautivo, “hay tantos testimonios como versiones”⁶⁵. Pero me parece que se trata, de una manera más general, de un problema de producción, y de utilización, del hecho histórico.

Contrariamente a los historiadores de la escuela metódica, Braudel jamás consideró los hechos establecidos mediante el método crítico como si fuesen átomos puros, definitivamente

⁵⁷ “Philippe II”, *op. cit.*, pp. 232-233; Braudel retomará una vez más el análisis de Lepanto durante el coloquio organizado para conmemorar el cuarto centenario de este acontecimiento.

⁵⁸ *Méd.*, 1949, p. 924; el texto aparece con muy pocas modificaciones en *Méd.*, 1966, II, p. 383.

⁵⁹ “L’histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, p. 17.

⁶⁰ Subrayemos de manera particular las propuestas de Andreas Suter, “Histoire sociale et événements historiques. Pour une nouvelle approche”, en *Annales, Histoire, Sciences sociales*, LII, 1997, pp. 543-567, sobre todo su propuesta original sobre el recurso a la “cámara lenta”.

⁶¹ Esta observación se aplica incluso a los recientes trabajos sobre las formas de la retórica historiográfica; ver, por ejemplo, CARRARD, Philippe, *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore-Londres, 1992, en particular pp. 29-37, “The Politics of Storytelling”.

⁶² Ver, en particular, su contribución al coloquio italiano organizado para celebrar el cuarto aniversario de la batalla.

⁶³ BRAUDEL, Fernand, *L’Identité de la France*, t. 1, *Espace et histoire*, París, Arthaud, 1985, pp. 316-336.

⁶⁴ *Méd.*, 1949, p. 938; observemos que “lo verdadero y decir” desaparece en la segunda edición, II, p. 395.

⁶⁵ “L’histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, p. 29.

independientes de los testimonios o de las fuentes que los transmitieron. Durante su²⁴⁹ cautiverio, Braudel afirmó que un acontecimiento es “un hecho marcado, señalado expresamente para que lo notemos, registrado, de una u otra manera hecho visible a nuestros ojos [...]. Por lo tanto, no debemos creer en la pureza del hecho, material histórico, ayer y aún hoy considerado con una especie de idolatría. «Esas personas no se dan cuenta, escribe Lucien Febvre, que su famoso hecho ya es el resultado de toda una elaboración, una abstracción en la que lo subjetivo ya ha actuado»⁶⁶. Los hechos históricos no pueden, por consiguiente, ser separados de los soportes que los han registrado, de los hombres que los han relatado⁶⁷. En su campo de prisionero, lo que hace Braudel es reflexionar sobre los hechos y su proliferación. Aislado del mundo, Braudel debía encontrarse desprovisto de toda información. Pero no es así: las noticias abundan, los “hechos” relatados por la prensa invaden el campo de prisioneros. De esta manera, la prensa aparece como uno de los principales agentes de la construcción del presente en términos de acontecimientos; su producción de estos hechos –en la escogencia, en su puesta en escena, en los cortes cronológicos que los aíslan, y que son técnicas ya probadas a las cuales recurren los cortos que cinematográficos que anuncian las nuevas películas⁶⁸ - se convierte entonces en un fenómeno aún más cultural que político. “El perpetuo torbellino de la gran historia”⁶⁹ no se separa entonces jamás de las formas escritas de la notación y de la puesta en circulación de la información, que se convierte así en “esta fabricante de acontecimientos”⁷⁰.

La experiencia del cautiverio le permite a Braudel comprender mejor el universo en el que vivió Felipe II. Es el “papelerío”, indispensable a los estados de la primera modernidad, lo que une a Felipe II con su vasto imperio, ya sea el raudal de correos⁷¹ dirigidos directamente al emperador por sus representantes, sus embajadores o incluso por esos numerosos aventureros que no dejan de narrar, a su manera, lo que ven o lo que hacen, o también los innumerables “avvisi”, venecianos, sicilianos, malteses, pontificales o franceses que difunden muy rápidamente todo lo que deben conocer aquellos que deciden, soberanos, administradores, militares o mercaderes⁷². De esta manera, hechos y ruidos se mezclan en escritos que circulan, sin que el soberano pueda realmente diferenciar entre ellos, y sin que el historiador, a su vez, tampoco tenga necesidad de hacerlo.

Lo que para un buen número de historiadores no es más que una fuente, se convierte de esta manera en parte del proceso analizado. Las múltiples cronologías, las de los hechos, las de la difusión de la información, se entrelazan. Si los hechos llegan al historiador únicamente gracias a los vectores que los han llevado al conocimiento de sus contemporáneos, las decisiones, en cambio, sólo pueden ser conocidas cuando se transforman en instrucciones escritas. En efecto, Braudel no se contenta nunca con registrar los hechos; por el contrario, hace un seguimiento a la manera como se propaga la información, a los nuevos impulsos selectivos que ésta efectúa cuando llega a tal o cual “decididor”; Braudel anota las diversas interpretaciones, las

⁶⁶ *Ibid.*, p. 18.

⁶⁷ Un caso extremo se encuentra en un artículo poco conocido de Braudel, “La mort de Martin De Acuña: 4 février 1585”, en *Mélanges offerts à Marcel Bataillon*, *Bulletin hispanique*, LXIVbis, 1962, pp. 3-18, en el que Braudel edita el único documento que informa acerca de la muerte de un aventurero, del que Braudel había trazado la trayectoria en *El Mediterráneo* y que se encuentra en su *Philippe II*, en el que se narra la ejecución de este aventurero.

⁶⁸ “L’histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, p. 20.

⁶⁹ “Charles Quint...”, *op. cit.*, p. 171.

⁷⁰ “L’histoire, mesure du monde”, *op. cit.*, 1997, p. 19.

⁷¹ “Charles Quint...”, *op. cit.*, p. 196.

⁷² Con relación a este punto, ver el reciente estudio de DOOLEY, Brendam, “De bonne main: les pourvoyeurs de nouvelles à Rome au XVIIe siècle”, en *Annales, Histories, Sciences sociales*, LIV, 1999, p. 1317-1344, que remite a los trabajos anteriores.

incertidumbres, las ignorancias. Los “ecos” del acontecimiento no son simplemente ²⁵⁰indicadores de un sistema de información, sino que pertenecen a las cadenas de acontecimientos que constituyen los procesos históricos: es “la noticia” de la conclusión de la Santa Liga la que “precipita los preparativos militares”⁷³. Considerado bajo este ángulo, el acontecimiento no es sometido inmediatamente a las evaluaciones en términos de verdad: ruidos y rumores tienen su importancia, y su eficacia, “ruidos de guerra”, por supuesto, pero también en ocasiones ruidos que “hacen reír a Europa”⁷⁴.

Dejemos de lado los casos clásicos y trillados, y examinemos un acontecimiento a propósito del cual nunca se ha planteado la pregunta sobre el impacto que tuvo en términos históricos: la expedición española, inicialmente preparada contra Trípoli de Berbería, y que realmente desembocó en la toma de Djerba, antes de llegar a su fin por el repliegue precipitado de las tropas de Felipe II, en 1559-1560⁷⁵.

Ante la sugerencia de un caballero de Malta, Felipe II decide enviar una expedición contra el pirata berberisco Dragut. El esquema cronológico parece sencillo: la decisión es confirmada por escrito el 15 de junio de 1559, la flota española zarpa finalmente de Siracusa (Sicilia), el 1^o de diciembre, permanece varios meses en Malta (hasta el 10 de febrero); el punto de encuentro de los navíos –galeras españolas de Nápoles y de Sicilia, galeras alquiladas de los genoveses, los toscanos, el duque de Mónaco, etc.- tiene lugar en Zuara, puerto del cual zarpan el 2 de marzo para desembarcar finalmente, no ya en Trípoli, sino en Djerba el 7 del mismo mes. El 11 de mayo, Djerba es tomada de nuevo por la Armada turca, y el fuerte, todavía en manos de los españoles, se rinde en agosto.

Una presentación de este tipo remite a un acercamiento “rankiano” del acontecimiento –lo que sucedió realmente durante ese año- y se satisface con una restitución lineal del acontecimiento o con una secuencia de los acontecimientos. El análisis de Braudel es muy diferente: en el interior de una presentación globalmente cronológica y narrativa, su análisis intenta demostrar las tomas de decisión, sin ocultar los conflictos que las rodean; también tiene en cuenta los horizontes de acción de los principales protagonistas (el rey, los virreyes de Sicilia y de Nápoles, el gobernador de Milán, el gran maestro de la Orden de Malta, para sólo mencionar personajes españoles), reconstituye en parte la información que éstos pueden tener, con sus incertidumbres e incluso con sus interferencias y retrasos: el 14 de mayo, el virrey de Nápoles se entera que la flota turca ha “sido vista frente a las costas de Zante”, cuando en realidad ésta se encuentra en Djerba desde el 11-; igualmente, su análisis sigue de cerca la ejecución de las órdenes que, independientemente de su éxito o fracaso, es inseparable tanto de las estructuras políticas del imperio español como de las decisiones y percepciones de los actores (no sólo españoles, sino también los berberiscos y los turcos). La breve interrupción de la lluvia que permite a la flota abandonar Mesina no anuncia buen tiempo: la decisión, tomada únicamente por el virrey, es la de un soldado, no un marino. En cuanto al acontecimiento en sí, tal y como realmente sucedió, pasa casi desapercibido en el texto.

Para describir esta secuencia, Braudel recurre a dos procesos, desde entonces clásicos: un cambio de escala, que amplía el espacio de observación, y de comprensión –a pesar de que se trata de un acontecimiento catalogado como “secundario”-, al conjunto del Mediterráneo, desde España

⁷³ Méd., 1949, p. 933.

⁷⁴ Por ejemplo, Méd., 1966, II, pp. 388, 389, 391.

⁷⁵ Méd., 1949, pp. 798-813; 1966, II, pp. 285-296. La expedición ya había sido objeto de un profundo estudio: DE MONCHICOURT, Charles, *L'expédition espagnole de 1560 contre l'île de Djerba*, París, 1913.

hasta Persia, e incluso a una gran parte de Europa, hasta Viena; una desaceleración en el flujo de los hechos para seguir casi que cotidianamente los hechos, los ruidos, las informaciones, para seguir lo más cerca posible los actores...

El marco de análisis de un acontecimiento difiere del marco local al interior del cual se desarrolla el acontecimiento como tal; también difiere del marco de la decisión –el imperio español– para integrar el espacio de los enfrentamientos y de los conflictos en Europa. Braudel ya había recurrido a este tipo de estrategia en su trabajo sobre los españoles en África del Norte: al subrayar en ese texto “la estrecha relación de las operaciones en África, de la historia española y de las complicaciones europeas”, ya había hecho énfasis en la distancia entre espacio referencial y espacio de análisis⁷⁶. En el marco de la expedición de Djerba, la operación combina dos aspectos: primero, reconstituir las lógicas de los diversos protagonistas de la expedición, tanto del lado español como del turco, que no adquieren sentido sino en relación a los horizontes de referencia que informan acerca de las preocupaciones y las concepciones de los principales actores; segundo, reconstituir la circulación de la información, dato esencial en la elaboración de las tácticas y de las decisiones militares.

Desde su regreso a España en 1559, la política de Felipe II es elaborada en la oficina del rey, en el corazón del palacio. Las concepciones de sus representantes, en cambio, incluso si contribuyen a un imperativo común –la seguridad del territorio que les ha sido confiado y, de manera general, del imperio español⁷⁷–, remiten a otros contextos: el gobernador del ducado de Milán es tomado en su confrontación con Francia, reino considerado todavía como una amenaza real para Italia del Norte, incluso después del tratado de Cateau-Cambresis, máxime después de la muerte de Enrique II, que agrega un elemento de incertidumbre política; el virrey de Nápoles está preocupado, antes que nada, por la protección de las costas del Adriático, blanco potencial de las expediciones otomanas; por su parte, el virrey de Sicilia parece tener la mirada fija en las costas africanas. Esas preocupaciones aclaran los consejos y las decisiones de cada uno de ellos: en ese sentido, el virrey de Nápoles retrasa incesantemente el alistamiento de las tropas y la partida de su flota mientras que persista la amenaza turca sobre Pouilles, en octubre 1559; el virrey es el primero en abogar ante Felipe por el abandono de Djerba desde abril de 1560, en momentos en que se entera de la salida de la flota turca de Estambul. De esta manera, los contextos específicos de cada uno de esos territorios hacen difícil la coordinación de los esfuerzos militares emprendidos por el rey, hasta tal punto que el monarca toma a veces su decisión sin esperar la respuesta de su representante en el extranjero.

La circulación de la información no remite al esquema de las situaciones que he desarrollado en los párrafos anteriores. En la cuenca mediterránea, los vectores de información son numerosos, algunos irregulares –“se escuchan mil ruidos, más o menos exactos, en la correspondencia veneciana”–, otros inesperados: es una embarcación de Marsella la que trae la noticia de la constitución de la armada española en Asia menor y es un viajero que regresa de Constantinopla quien hace saber al virrey de Nápoles que la armada turca ya salió. Y, por supuesto, sin información no se pueden tomar decisiones, así como tampoco puede darse la puesta en marcha de tácticas o estrategias, militares o políticas. A no ser que la presión de los acontecimientos o la lógica interna de éstos conduzcan al rey, al jefe, a decidir casi que contra su voluntad: la escogencia se impone entonces por sí misma, ya que “los acontecimientos lo conducen necesariamente a ella”⁷⁸.

⁷⁶ “Les Espagnols...”, *op. cit.*, p. 191.

⁷⁷ Cf. RIBOT GARCÍA, Luis A., “Las provincias italianas y la defensa de la monarquía”, en MUSI, Aurelio (éd.), *Nel sistema imperiale. L’Italia spagnola*, Nápoles, 1994, pp. 67-92.

⁷⁸ Con respecto al viaje de Enrique II a Alemania, ver, *Méd.*, 1966, II, p. 245.

De esta manera, estas circulaciones de la información se convierten en un factor central para la comprensión de un hecho de estructura, sin el cual el análisis de los acontecimientos sería inimaginable: “La lentitud de todas las formas de acción de la época”⁷⁹, incluso si Braudel la presenta, en el asunto de Djerba, como el resultado de una operación en la cual la logística pone en marcha los recursos de toda la Italia española. Lentitud de una burocracia, es cierto –que no funciona siempre, sin embargo, como una burocracia: el rey “papeleyro... demorado en tomar decisiones, es decir siempre indeciso”⁸⁰, le confiere la comandancia al duque de Medina Celi incluso antes de haber recibido de él el informe sobre la expedición que le solicitó hace más de un mes. Lentitud también de las discusiones –“infinitas componendas” conducidas por diversos intermediarios, a veces extraños, como lo prueban los voluminosos archivos⁸¹-, discusiones se llevan a cabo en el seno del imperio, pero también entre los diferentes estados situados sobre el Mediterráneo⁸².

En esta tercera parte, en la que la anécdota acompaña en cada página a la “gran historia”, la descripción meticulosa de los hechos y de los flujos de información se substituye al relato; esa descripción hace énfasis progresivamente en los encadenamientos, en los cruces de series heterogéneas, en las coacciones y en los hechos de estructuras. El problema del azar, que Braudel se planteaba en cautiverio, parece aquí desaparecer en provecho de lo que Marcel Bataillon había subrayado en su informe de una manera tan acertada: “la contingencia que reina en la tercera [parte] es tomada en una red estrecha de necesidades”⁸³. Las estrategias de innovación, tan importantes para los *Annales*, la voluntad de situar a la historia en el centro del campo de las ciencias sociales, condujeron a Braudel a poner el acento en las proposiciones suyas que rompían de manera más radical con las prácticas historiográficas tradicionales; esas proposiciones de Braudel son el producto de lecturas reductoras de sus trabajos, que dejaron al margen una parte importante de otros trabajos suyos, ocultando así el hecho de que los cuestionamientos braudelianos –más o menos fuertes, más o menos radicales- también se referían al tratamiento de los acontecimientos.

⁷⁹ “Philippe II”, *op. cit.*, p. 249.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 220 ;

⁸¹ “Charles Quint...”, *op. cit.*, p. 181

⁸² Sobre la proliferación de los intermediarios entre los turcos y los españoles, en los años posteriores a Lepanto, ver *Méd.*, 1966, II, pp. 433-434.

⁸³ BATAILLON, Marcel, *op. cit.*, p. 240.